

repugnancia que hay entre estas ideas. Podemos decir otro tanto de todas las demas materias que son relativas á la vida y costumbres. Ademas, si se halla que hay dificultad en ver la igualdad ó desigualdad de dos ángulos que tenemos á la vista ; no será totalmente imposible que se descubra esta igualdad ó desigualdad en las ideas, que no tienen otros objetos sensibles, para representarlas al espíritu, mas que unos sonidos, con los que puede decirse que ellas no tienen la menor conformidad? De modo que es menester que sean bien distintas y determinadas, si queremos raciocinar rectamente sobre ellas. Es pues una de las principales cosas á que uno debe dedicarse, para conducir bien su espíritu. Pero con respecto, tanto á estas ideas abstractas como á todas las otras, conviene cuidar de que ellas no encierren contradiccion ninguna; que tengan una existencia real, en cuantas partes la suponemos, y que no sean meras ilusiones.

§. IX.

De las Preocupaciones.

Nos quejamos todos de las *preocupaciones* que extravían á los otros, como si estuviéramos exentos de ellas nosotros mismos. Todos los hombres y partidos se las echan en cara recíprocamente; de manera que confiesan que es un defecto, y obstáculo para el conocimiento. Que remedio hay pues para librarse de ellas? No sé mas que uno solo, es que cada uno examine sus propias preocupaciones, sin inquietarse de las ajenas. En efecto, por mas que se nos notara de este flaco, si nosotros mismos no estamos convencidos de él, esto no serviría de nada, supuesto que tenemos el derecho de redargüir contra nuestros censores. Así, el único medio que nos queda, para desterrar del mundo esta causa universal de ignorancia y error, es que cada uno se examine sobre esto con buena fe. Si los demas no quieren

cumplir con este deber ; muda esto mis errores en verdades, ó debe hacérmelos mas queridos, y disponerme á ser mi propio juguete? Si los demas gustan de las cataratas en sus ojos ; debe impedirme esto el hacer batir la mia lo mas presto que sea posible? Todos los hombres se desenfrenan contra la obeecacion del espíritu ; y con todo esto no hay casi ninguno que no este encalabrinado de lo que obscurece su vista , y cierra su espíritu á la luz, que le conduciria al verdadero conocimiento. Diversas proposiciones falsas ó dudosas, que se reciben como inconcusas máximas, retienen en las tinieblas del error á cuantos se apoyan en ellas, y las convierten en fundamentos de sus racionios. Tales son comunmente las preocupaciones que dimanen de la educacion, del partido en que uno se halla, del respeto que profesa á ciertas personas, de la moda que reina, del interes que nos domina, etc. Esta es la paja que cada uno ve en el ojo de su vecino, aunque no advierte la viga que él tiene en el suyo. Porque ¿en

donde está el hombre al que se haya reducido nunca á examinar bien sus máximas, y ver si ellas pueden sostener la discusion? Es sin embargo uno de los primeros pasos que deben dar cuantos quieren conducir bien su entendimiento en la indagacion de la verdad,

Como escribo únicamente en favor de estas personas, les daré una señal, por la que podran distinguir si es la preocupacion ó la razon quien los gobierna. Quanto hombre abraza una opinion, debe suponer, á no ser que se condene á sí mismo, que esta fundada sobre buenos principios ; que no la recibe mas que á proporcion de la evidencia que tiene de ella, ni la sigue con tanto teson por inclinacion ó capricho. Si, á pesar de todo esto, no puede sufrir que la impugnen, ni examinar con cuidado los argumentos de sus adversarios ; no confiesa desde luego que le tiraniza la preocupacion? No le persuade la evidencia de la verdad ; sino que se fia descansadamente de una suposicion anticipada sin motivo ninguno, ó de alguna preocupacion que le es querida, y

de la que no quiere que se le despoje. Porque si el dogma que él profesa tiene toda la evidencia que su espíritu le atribuye, y si está convencido de su verdad ¿porque teme que hagan prueba de él? Si este dogma está fundado sobre sólidos cimientos, si los argumentos que le apoyan, y de que se halla satisfecho él mismo, son claros y decisivos ¿porque temeria que los acrisolaran? Aquel cuyo aserto va mas allá de la evidencia requerida, no debe este exceso de confianza mas que á su preocupacion; y él mismo lo reconoce, cuando se niega á oír lo que se le opone. Manifiesta con ello que no busca tanto la evidencia, como el recreo falaz de gozar en paz de una opinion que le agrada, y de condenar abiertamente cuanto le es contrario. Pues bien, ¿no es esto lo que se llama *preocupacion* (1)? *El que decide una causa, sin haber oído una de las partes, no merece el titulo de justo, aunque haya dado una sentencia equitativa.* Toda

(1) Qui æquum statuerit parte inauditâ alterâ, etiãsi æquum statuerit, non æquus fuerit.

persona que es sinceramente amante de la verdad, y que quiere cumplir con su deber en este particular, debe hacer dos cosas, que no son muy comunes ni facilísimas.

§. XII.

De la Indiferencia.

La primera es no aferrarse en opinion ninguna, ni desear que sea verdadera, hasta que se tengan buenas pruebas suyas; en cuyo caso no habrá necesidad de formar semejante deseo; porque ninguna cosa falsa es digna de este zelo, ni de que deseemos que ella ocupe el puesto de la verdad: no hay sin embargo ninguna mas comun que esta. Los hombres acogen ciertos dogmas, sin tener mas evidencia de ellos que el respeto que profesan á sus gefes, ó la costumbre que los ha establecido; y se imaginan que deben sostenerlos, á cualquiera costa que esto sea; que de otro modo está perdido todo, aunque no hayan examinado

nunca los principios en que se fundan semejantes dogmas; aunque no se hallen convencidos de ellos por sí mismos, ni habilitados para probarlos á los demas. Debemos luchar con ardor en favor de la verdad, pero nos conviene estar bien cerciorados de que defendemos la verdad; supuesto que, sin una semejante certeza, podríamos entrar en lid contra Dios, que es el autor de la verdad, y hacer las obras del diablo, que es el padre y apóstol de la mentira. Nuestro zelo, por mas ardiente é inflamado que sea, no nos disculpará, si es ciego é indiscreto; no siendo entónces sino una mera preocupacion.

§. XII.

Del Exámen.

La segunda cosa que debe hacer una persona que es amante de la verdad, es examinar si los principios que ella recibe, son verdaderos ó no; y hasta que grado puede

fiarse de ellos con seguridad. Sé que los mas de los hombres tienen repugnancia á este exámen, á causa de que le juzgan inútil, ó se creen incapaces de él. Pero, sin determinar si hay pocos que tengan el valor ó habilidad de conseguirlo, es cierto que cuantos hacen profesion de ser amantes de la verdad, y que no quieren engañarse á sí mismos, deben seguir esta via. No ignoro que hay algunos que quieren mas ser propio juguete suyo, que exponerse á los sofismas de los otros. Esta adversa disposicion se fortifica con la edad, echa nuevas raices diariamente, y se recrea uno en su error, aunque no puede tolerar que los otros le engañen, ó se burlen de él. La incapacidad, de que estoy hablando ahora, no es un defecto natural que impida á los hombres el exámen de sus principios. Con respecto á los que no estan tocados de ella, seria en balde darles reglas para conducirse en la investigacion de la verdad; pero es escaso su número. La infinita muchedumbre, es la de los que el mal hábito de no ejercitar

nunca su espíritu hizo incapaces; todas sus facultades estan casi embotadas, por no haber hecho uso ninguno de ellas; y semejantes hombres han perdido aquella fuerza y extension intelectual, que la naturaleza los habia destinado á adquirir por medio del ejercicio. Los que se hallan en estado de aprender las primeras reglas de la aritmética, y de computar una cantidad ordinaria, serian capaces del exámen en que ahora nos ocupamos, si estuvieran habituados con tiempo á raciocinar; pero, cuando han abandonado totalmente su espíritu sobre este particular, no son menos incapaces de lograrlo, que un hombre, que no tiene conocimiento ninguno de la aritmética, lo seria de sacar el avance de un libro de cuentas; y aun quizas hallarian tan extraño que se esperase de ellos semejante exámen, como este computo del otro. Sea lo que se quiera de ello, conviene confesar que es hacer uno mal uso de su entendimiento, el fundar sus opiniones (con respecto á las cosas en que nos importa abrazar la verdad)

sobre principios que pueden conducirle al error. Recibimos nuestros principios á la aventura, sobre la fe agena, sin haberlos examinado nunca, y admitimos en ello un sistema enteramente completo, en la idea de que son verdaderos y sólidos; pero ¿que otra cosa es mas que una vergonzosa é insensata credulidad?

En estas dos cosas, la indiferencia en que uno debe permanecer con respecto á las opiniones hasta hallarse convencido de su verdad con buenas pruebas, y el exámen que debe hacer de sus principios; en ambas cosas, repito, consiste aquella libertad del entendimiento, que es necesaria á todas las criaturas racionales y sin la que no seria ya un entendimiento. Es imaginacion, fantasía, extravagancia, ó cualquiera otra cosa, mas bien que entendimiento, si está precisado á recibir opiniones por ningun otro motivo que la evidencia. Puede decirse que es una de las mas perniciosas supercherías que uno puede hacerse á si mismo, y que es engañar á aquellas de todas nuestras fa-

cultades que deberíamos preservar con mas solicitud de semejante desgracia. Es verdad que el mundo censura mucho á los que son inclinados á la *indiferencia*, en materias de religion especialmente; pero es de temer que se padezca alguna equivocacion en esto, ó que un pretenso zelo sea la causa de muchos errores, y de consecuencias mas sensibles. El ser indiferente con respecto á dos opiniones, y no desear que la una sea mas bien verdadera que la otra, es la justa situacion en que debe hallarse el espíritu, para ponerse á cubierto contra la ilusion, y examinarlas con toda la competente calma; es el mas seguro, ó aun el único medio de llegar á la verdad. Pero si se cree que el abrazar la verdad ó la mentira es cosa indiferente, es el camino real que conduce al error. Los que no tienen la primera indiferencia, caen en la otra; suponen, sin exámen ninguno, que lo que ellos creen es verdadero, y se imaginan despues que deben sostenerlo á toda costa. El ardor que ellos manifiestan en la defensa de sus opiniones, es una

buena prueba de que estas no les son indiferentes; pero parece al mismo tiempo que no se inquietan mucho de si son verdaderas ó falsas, supuesto que no pueden sufrir que las pongan en duda, ni que las impugnen, y que por sí mismos no las han examinado jamas.

Son las faltas mas comunes en que incurren los hombres, y que ellos deberian evitar con sumo cuidado, si quisieran dirigir bien su espíritu; deberian esforzarse mas particularmente á precaverlas por medio de una buena educacion; cuyo fin, con respecto á los que se consagran al estudio, no es, si no me engaño, hacerlos perfectos en todas las ciencias, y ni aun en una sola; sino dar á su entendimiento aquella disposicion y hábitos que pueden habilitarlos para conseguir cualquiera parte de nuestros conocimientos, á que se apliquen, y que puede serles útil durante todo el curso de su vida.

En lo cual solo consiste la buena educacion, y no en infundir respeto y veneracion

para con ciertos dogmas, que con frecuencia, á pesar del especioso título que se les da, se hallan tan distantes de la evidencia y certeza que acompañan á los principios, que debemos desecharlos como falsos y erróneos. Por otra parte, se ve harto comunmente que los estudiantes á quienes se ha imbuido en esta ciega sumision, luego que llegan á presentarse en el mundo, y que no se hallan en disposicion de conservar los principios que ellos han abrazado, renuncian de toda especie de principios, dan en el pirronismo, y no tienen el mas leve miramiento con cuanto se llama ciencia, conocimiento ó virtud.

Hay muchos defectos en el entendimiento que dimanar de la disposicion natural del espíritu, ó de los malos hábitos que él contrae, y que le impiden hacer progresos en los conocimientos. Si se estudiara bien el espíritu, se hallaria que sus defectos son quizas tan numerosos como las dolencias del cuerpo; que cada uno de ellos causa algun perjuicio al entendimiento, y que

son dignos tambien de que nos ocupemos en su cura. Descubriré aquí algunos, para estimular á los hombres, particularmente á los que se dedican al estudio, á entrar en sí mismos, y ver si no caen en unas ú otras de estas debilidades, que no pueden menos de perjudicarles en el exámen de la verdad.

§. XIII.

De las Observaciones.

No cabe duda ninguna en que los hechos particulares son los cimientos sobre que se fundan nuestros conocimientos naturales de la vida civil: el beneficio que esto trae al espíritu, es que él deduce de ello consecuencias que le sirven de reglas fijas, tanto para la teórica como para la práctica. Es verdad que él no se aprovecha siempre de las instrucciones que recibe de la historia civil ó natural, á causa de que es muy pronto, ó muy lento en observar los hechos que les son relativos.

Hay gentes que son muy asiduas en la lectura, y que sin embargo no se vuelven más hábiles. Se recrean en escuchar las historias que se les dicen, y aun á veces son capaces de repetir las sucesivamente : pero cuanto leen, es meramente historia para ellas; esto pasa, ó se fija en su espíritu, sin que hagan la menor reflexion sobre ello, ni exámen ninguno que pueda convertirse en beneficio suyo. Se pican de leer mucho, sin digerir nada, lo cual no puede menos de ocasionar un hacinamiento de inútiles durezas.

Si semejantes gentes tienen buena memoria, puede decirse que poseen los materiales del conocimiento; pero que estos materiales no sirven de nada, no más que los que se destinan para la construccion de un edificio, si no llegan á ellos, y que permanecen amontonados unos sobre otros. Hay personas, por el contrario, que malogran el fruto de sus lecturas, por una conducta opuesta. Deducen consecuencias generales de todos los hechos particulares que ellas hallan, formando de ello axiomas.

Sacan estas personas tan poco provecho de la historia como las primeras, ó por mejor decir les redunda más perjuicio, á causa de la viveza de su espíritu; porque hay más peligro en seguir una mala regla, que en no tener ninguna absolutamente, y el error hace más mal á los espíritus activos y ardientes, que la ignorancia causa á los que son groseros y tardíos. No deben imitarse unos ni otros; sino que, después de haber hecho algunas importantes observaciones sobre los sucesos particulares, debemos retenerlos, para juzgarlos por lo que hallemos en la historia, ya para confirmarlos, ya para desecharlos; y cuando los hemos justificado por medio de una buena y sólida induccion, podemos sentar los principios generales suyos. Los que no reflexionan de este modo sobre lo que leen, no hacen más que cargarse el espíritu con un monton de cuentos, que no son propios más que para referirse en invierno al lado de la lumbre; y si uno intenta reducir todos los hechos particulares á máximas, se llena de observa-

ciones contradictorias, que no valen mas que para causar confusion cuando queremos compararlas juntamente, ó para inducir á error, si la una gusta mas que la otra por su novedad, ó por cualquiera fantasía.

§. XIV.

De la Inclination.

A estos malos razonadores podemos agregar los que sufren que su temperamento, y las pasiones que los dominan, influyan sobre los juicios que ellos hacen de los hombres y cosas que tienen alguna relacion con su interes presente, ó con las circunstancias en que se hallan. La verdad es enteramente simple y pura; no puede sufrir ella la menor mezcla con ninguna otra cosa; es rígida é inexorable para toda especie de particulares intereses; y deberia suceder lo mismo con el entendimiento, cuya excelencia consiste en seguirla. Su ocupacion propia y natural, es tener una cabal idea de cada

cosa; y, aunque todos los hombres van acordes en ello, hay poquísimos que le destinen á este uso: se disculpan sobre este particular, y se imaginan llevar razon, si pueden sostener que es en gloria de Dios, ó en beneficio de una buena causa, es decir realmente, en el de sí mismos, de sus opiniones ó partido. A lo menos las diferentes sectas no dejan casi nunca, en materias de religion particularmente, de poner á Dios y la buena causa en el lugar de sus intereses particulares. Dios no exige que los hombres hagan por él un uso malo de su espíritu, ni que se engañen á sí mismos, ó chasqueen en su favor á los demas: sin embargo los que no procuran tener una justa idea de los objetos que se les proponen, ó en los que deben interesarse, y que apartan de ellos la consideracion, se hacen culpables de todos estos desórdenes. En cuanto á la buena causa, no necesita de semejantes auxilios ella; porque si es buena, la sostendrá la verdad, sin que se haga uso de la falsedad ó dolo.

§. XV.

De los Argumentos.

Se ven hombres que siguen un método que no dista mucho del anterior; van por todas partes en busca de argumentos para apoyar un lado de la cuestion, miéntras que abandonan ó desechan los que favorecen el otro. Su autoridad, beneficios, y crédito dependen de ello; lo cual solo los determina. Pero ¿no es cegarse de propósito y hollar la verdad, en vez de mirarla con la estimacion que ella se merecé? Supuesto que la encuentran de este modo, es una mera casualidad, y podria abrazarse del mismo modo el error. El que halla la verdad en la senda que conduce á los empleos, corre peligro de no desempeñar grandemente su obligacion.

Hay otra vía mas inocente para pertrecharse de argumentos, y que las personas que leen mucho, siguen comunmente;

es llenarse la cabeza con cuanto hallan en pro y contra sobre cuantas cuestiones son objeto de sus estudios. No les sirve esto para decidir con rectitud, ni para raciocinar con fuerza, sino para discurrir sin ver el fin en uno y otro sentido. Los argumentos que ellas toman en los otros, no hacen, por decirlo así, mas que nadar en su memoria; y si les suministran con que charlar con algunos visos de razon, no los ayudan casi á formar un juicio fijo y sólido. Esta variedad de pruebas sirve únicamente para confundir el espíritu, á no ser que las haya examinado él con la competente atencion; en una palabra, es abrazar la sombra por el cuerpo, y tratar mas bien de lisonjear su soberbia que de hacerse hábil. El único medio de lograrlo, es formarse ideas claras y distintas de las cosas, y de agregarles términos fijos que las representen. Es menester considerar estas ideas en sí mismas, con sus diferentes relaciones, y no entretenerse en algunos términos vagos é indeterminados, que pueden tomarse en

diversos sentidos , segun la necesidad que de ellos se tiene. La verdadera ciencia consiste en la percepcion de las relaciones que tienen nuestras ideás unas con otras ; y cuando vemos una vez hasta donde concuerdan ó son opuestas, podemos juzgar de lo que nos dicen sobre ellas los otros, y es inútil el recurrir á sus argumentos, cuya mayor parte se compone de plausibles sofismas. Aprenderémos con este método á sentar bien la cuestion, á ver en donde está el nudo de la dificultad, y á servirnos de nuestras propias luces : en vez de que no hacemos mas que seguir las ajenas, cuando nos cargamos la memoria con los argumentos de los otros; y si llegan á ponerse en duda los principios sobre que van fundados, no sabemos ya en donde estamos, y nos vemos reducidos á abandonar este conocimiento implícito.

§. XVI.

De la Precipitacion.

Es cosa contraria á la naturaleza el gustar del trabajo por el trabajo mismo. El entendimiento, al modo de todas las otras facultades, elige siempre el camino mas breve para alcanzar su fin ; querria llegar de una vez al conocimiento que él tiene en su mira, y pasar despues á alguna otra investigacion. Pero, sea pereza, ó precipitacion, es lo que le aleja de la verdad, y es causa de que él se contente con un exámen muy ligero ó superficial. Se apoya intempestivamente unas veces sobre el testimonio ageno, porque es mas fácil creer que meditar é instruirse ; otras, se paga de un solo argumento, que él mira como una demostracion, aunque el asunto de que se trate, sea incapaz de ella, y que sea necesario recurrir á las probabilidades, despues de haber pesado bien las razones que

pueden decirse en pro ó contra; y algunas finalmente, le determina la probabilidad, cuando le seria necesaria una demostracion. Todos los cuales extravíos, y otros muchos, á que la pereza, práctica, impaciencia, ó falta de ejercicio y atencion arrastran á los hombres, proceden del abuso que hacen de su espíritu en el exámen de la verdad. En cualquiera cuestion, convendria considerar primeramente la naturaleza y especie de pruebas de que ella es capaz. De este modo, nos ahorrariámos mucho trabajo inútil, y llegaríamos mas presto al fin que nos proponemos. Un confuso cúmulo de toda especie de pruebas, especialmente de las que no estriban mas que sobre palabras, no es solamente un trabajo en balde, sino que tambien carga la memoria y le impide retener las mas sólidas. El espíritu, por la via del exámen, descubre lo que hay de cierto y verdadero, se alimenta de ello, apropiándoselo; en vez de que, por medio de la ciega sumision, no hace mas que vislumbrar la verdad, y no se llena

mas que de incertidumbres. Si una suma lectura le habilita para raciocinar sin término ni fin sobre muchas cosas, no es mas hábil ni ilustrado con ello. Debemos á la misma impaciencia intelectual el poco cuidado que tiene el espíritu de subir hasta la raiz de los argumentos; alcanzamos á ver algunas vislumbres, presumimos mucho de nuestras luces, y pasamos desde luego á la conclusion. Es el mas breve camino para llegar á la quimera, encaprichamiento, ú obstinacion, pero el mas largo y arduo para llegar á lo que se llama ciencia. En efecto, el que la busca, debe descubrir la verdad, y el fundamento sobre que está apoyada, por medio del enlace de las pruebas; de modo que si la impaciencia le hace omitir lo que él hubiera debido examinar con atencion, le es preciso comenzar enteramente de nuevo, ó bien no llegará nunca al conocimiento.